

## CAPÍTULO XIX

### Nuestra Señora del Carmen (Isla de Guadalupe)

SUMARIO.—I. La isla de Guadalupe. II. Origen de la Imagen. III. El Santuario. IV. La efigie se libra de las profanaciones de los ingleses. V. La estrella del mar. VI. Sacrilegio y castigo. VII. El Souffrière. VIII. La calle de la Esperanza. IX. Tres beneficios públicos. X. Fuente de gracias. XI. Conclusión.

#### I

#### LA ISLA DE GUÁDALUPE

La isla de Guadalupe, perteneciente á Francia, es una de las pequeñas Antillas y se halla situada entre los 15° 17' y 16° 31' de latitud norte. En realidad la forman dos islas, separadas por un brazo de mar de cuatro á cinco kilómetros de largo, por ciento á ciento cincuenta metros de ancho y cinco de profundidad, llamado río Salado. Ambos ocupan una superficie de 1602 kilómetros cuadrados. Entre sus montañas descuelga la volcánica de Souffrière, de 1680 metros de elevación, que puede reconocerse fácilmente de día á causa del humo que suele despedir, y de noche todavía mejor, porque arroja llamas á la altura.

La capital es Fort Luis ó Punta Petre, ciudad hermosa á orillas del Salado y rodeada de bosques de diversos árboles tropicales. Las autoridades civiles y eclesiásticas



residen en Basse-Terre, que es el puerto más cómodo y comercial de la isla.

La población de ésta, es de unas 150.000 almas. Descubrióla Cristóbal Colón en 1493 el día de Nuestra Señora de Guadalupe, y por eso le dió el tal nombre; los indígenas la llamaban Quiraquirá.

Desde 1654 perteneció á Francia, aunque la perdió y recobró varias veces en sus guerras con Inglaterra. En 1813 ésta la cedió á Suiza, la que al año siguiente la devolvió á Francia. Aun la recobró Inglaterra durante la guerra de los cien días; pero desde 1816 quedó definitivamente en poder de los franceses. En 1850 Pío IX erigió la diócesis, que es sufragánea de la Metropolitana de Burdeos.

Tal es la isla donde la Santísima Virgen del Carmen es venerada en su santuario, que ahora es parroquia, de la ciudad de Basse-Terre. Dicha imagen es de barro cocido, su altura con el pedestal de un metro y treinta centímetros; está de pie y sostiene al Niño Jesús en el brazo izquierdo. Artistas competentes descubren en su rostro el tipo español. Una nota domina en la armonía de sus perfiles, es el carácter expresivo de su fisonomía. Parece que su mirada se modifica según las circunstancias. «Yo os aseguro, decía una alma sencilla y piadosa, que casi siempre la he encontrado risueña, pero un día que mi conciencia me remordía, la ví que me miraba con ojos tristes, que me conmovió hondamente y me hizo latir con violencia el corazón. ¿Será ésto, ilusión mía, añadía con discreción, ó efecto de mis disposiciones interiores?» Es creencia común en Basse-Terre que muchas veces Nuestra Señora del Carmen obra esta maravilla.

## II

## ORIGEN DE LA IMAGEN

El 27 de Junio de 1635 abordaron á las playas de Guadalupe los capitanes franceses Oliver y Duplessis. En la plaza, que después se ha llamado Santa Rosa, plantóse la cruz, y á sus pies, en altar de piedras y de ramas de árboles, se celebró por primera vez el agosto sacrificio. Los dos jefes de la nascente colonia, á pesar de sus rectas intenciones y comunes aspiraciones, no pudieron entenderse, y hubieron de separarse, yendo el uno á la izquierda y el otro á la derecha. Duplessis se estableció al este de Punta Alegre; y Oliver plantó su tienda al oeste del mismo promontorio, al lado del torrente que más tarde se ha llamado el río del Fuerte Viejo.

Cuatro religiosos dominicos que los habían acompañado en la expedición, se establecieron en el barrio que después había de hacerse célebre con el nombre de la Virgen. Principiaron por vivir en miserable choza con inmenso regocijo del ángel de la pobreza, y después construyeron una casa algo más cómoda, para lo cual les sirvieron los árboles de los bosques inmediatos.

Un día que se ocupaban en cortar maderas con ese fin, fueron gratamente sorprendidos con el murmullo de las aguas de un arroyo, que hasta entonces no habían descubierto. Era un descubrimiento precioso por más de un título. Al momento cogen en las manos el hacha y tronchan las cañas que se bañaban en las aguas benéficas. Una corriente cristalina apareció á sus ojos estupefactos. Un grito de gozo se escapó de su pecho.

Pero mientras se entregaban á estos trasportes de justa alegría, sus ojos notaron que en medio del caña-



veral, y á pocos pasos del arroyo estaba de pie una imagen de la Santísima Virgen con el Niño Jesús en los brazos. La colocaron en un tronco para rendirle sus primeros homenajes, y después la condujeron á su convento, donde le erigieron un altar, que adornaron con lo que les permitía su pobreza.

Á la madrugada siguiente, al venir á rezar en su presencia el *Angelus*, notaron que había desaparecido. Persuadidos que era un prodigio, corrieron á buscarla en el paraje donde la habían hallado el día anterior; y efectivamente, la hallaron y la trasladaron de nuevo á su casa.

Por segunda vez desapareció la Señora; y entonces los religiosos juzgaron que era temeridad oponerse á la voluntad tan clara del cielo. Resolvieron edificarle modesta ermita, que en el decurso del tiempo se ha transformado en el suntuoso templo actual.

¿De dónde había venido esta efigie, que debía ser el Paladín de todo un pueblo? ¿Qué mano misteriosa la había colocado en aquella isla? Dos tradiciones corren en Guadalupe como las más autorizadas.

La primera dice que, costeando Cristóbal Colón la isla, se desencadenó un furioso ciclón que debía sumergir su débil esquife en la mar. El piadoso Almirante levantó sus ojos al cielo é imploró el auxilio de María. Sus ardientes súplicas fueron escuchadas; y cuando al caer de la tarde, las ramas de los árboles se extendían para recibir las últimas gotas de la lluvia, dejó en medio de ellas suspendida como un exvoto la efigie de la Virgen. Si la crítica encuentra que esta tradición es más bien poética leyenda, puede elegir la siguiente.

Se sabe que los españoles acostumbraban dejar medallas ó estatuas de la Santísima Virgen en las comarcas que exploraban. Eran como faros celestiales colocados á ciertas distancias en las vías del océano que

abrían sus naves. Sábese también que muchas de estas naves llegaban á Guadalupe á proveerse de agua; y sin duda conocían el arroyo de Basse-Terre, cuyos manantiales se consideraban excelentes. ¿No sería alguno de los tales navíos el que condujo la estatua? Lo cierto es, que la imagen es de origen español, como lo declara su tipo, y que vino á Guadalupe desde la cuna de la colonia.

### III

#### EL SANTUARIO

Antes de referir el desarrollo del culto de Nuestra Señora, recordemos como se fundó Basse-Terre. Dijimos como los primeros franceses que desembarcaron en Santa Rosa, tuvieron que cambiar su primitivo campamento y se establecieron en Punta Alegre y en el Fuerte Viejo. Esta segunda estación fué muy corta. Las fiebres palúdicas los obligaron á buscar otro sitio más sano, y lo hallaron al lado del arroyo, allí donde la Santísima Virgen se había escogido mucho antes su suelo privilegiado.

Las primeras casas fueron humildes chozas; pero en 1655, la joven ciudad de Basse-Terre contaba ya con edificios cómodos y hasta elegantes. Para tener una defensa segura, construyeron una ciudadela ó castillo no lejos de la capilla de los Dominicos, que por esto se llamó capilla del Fuerte.

En vista del progreso de la ciudad los religiosos concibieron y realizaron el pensamiento de construir una iglesia de piedra á la Virgen. Pero desgraciadamente no pudieron gozar largo tiempo del tesoro que habían encontrado. Á consecuencia de ciertas dificultades, tuvieron que sostener pleito sobre la propiedad del norte San Luis con Houël, gobernador de la isla. Por el único cri-



men de haber tenido razón y justicia, Houël los expulsó y llamó á los Carmelitas de Turena para que se encargasen de la capilla del Fuerte.

Dios, que de los males saca bienes, sirvióse en este caso de la expulsión de los PP. Predicadores para que arribaran á aquellas playas los hijos del Carmelo; y si el Santo Rosario de María no obró la conversión ni sostuvo la fe de aquellos infieles por la malicia de los hombres, fué burlado el demonio merced al poder del santo Escapulario.

Llegados, pues, los hijos del profeta Elías y encontrándose con el santuario, cuya imagen no había recibido título alguno, se apresuraron á saludarla con aquél de que ellos se consideraban apóstoles. Desde entonces empezó á ser conocida con la advocación de Nuestra Señora del Carmelo. Establecieron la cofradía y predicaron las excelencias del escapulario bendito y las promesas de la Santísima Virgen. Innumerables fueron las almas que recibieron en su pecho la blanca y hermosa librea y eran tantos los que llegaban á visitar la capilla del Fuerte, que no cabían en su recinto y hubo necesidad de pensar en edificar una iglesia espaciosa y digna.

Pero el honor de realizar tal obra no estaba reservado á los Carmelitas, que se enemistaron con el gobernador. Éste llamó á los Jesuitas, y los nombró capellanes. Los religiosos de la Compañía de Jesús fueron los que á fines del siglo XVII edificaron la iglesia del Carmelo según el plan que ahora tiene.

Los carmelitas no se retiraron de la isla; construyeron una iglesia de madera donde administraban los sacramentos; y cuando en 1776 fueron expulsados los Jesuitas, ellos volvieron á encargarse del santuario de María del Carmen. Mucho bien hacían allí, cuando la tristemente célebre revolución francesa de 1789 disolvió la comunidad.

El santuario no tiene las proporciones y elegancia de las viejas catedrales europeas; pero no deja de ser esbelto, y sobre todo sólido, como lo requiere el terreno continuamente agitado por temblores. Aunque es el mismo edificado por los Jesuitas á fines del siglo XVII, se han llevado á cabo importantes reparaciones, sobre todo después del terremoto de 1843, que casi redujo á escombros la capital de la isla. En nuestros días al lado del evangelio se le ha añadido una hermosa capilla, donde está el camarín de la Virgen, hecho de mármol blanco de Carrara. El altar es también de la misma materia y tiene en bajos relieves la figura del Buen Pastor y los cuatro evangelistas.

Para esta obra contribuyeron todos los fieles de Guadalupe, pobres y ricos. Los nombres de cuantos ofrecieron alguna limosna, fueron encerrados en un corazón de oro que pende del cuello de la santa imagen.

Además se han colocado vidrieras de colores con las figuras de Elías, profeta del Carmelo, de San Simón Stok, el apóstol del Escapulario, del evangelista San Juan, «que recibió á María por suya», y de San Bernardo, que nos enseñó la oración del *Acordaos*. Un excelente artista, llamado expresamente de París, pintó las bóvedas y los muros con exquisito buen gusto.

## IV

## LA EFIGIE SE LIBRA DE LAS PROFANACIONES DE LOS INGLESES.

Desde tiempos remotos Inglaterra y Francia han sido rivales. Cada una de ellas quería dilatar sus colonias, y no perdían ocasión de medir sus fuerzas en combates navales. Las Antillas fueron con frecuencia teatro de esas escenas sangrientas.



En 1689 el rey de Inglaterra declaró guerra al de Francia. Después de haber conquistado á San Cristóbal, la flota inglesa mandada por Codrington se apoderó sin combate de María Galante y llegó á la bahía de Basse-Terre. El patriotismo enardeció los ánimos de los habitantes y todos querían tomar parte en la batalla. Á duras penas se pudo separar á los ancianos, mujeres y niños. Los adultos aptos para manejar las armas se unieron al ejército y opusieron resistencia desesperada á los invasores; pero al fin fueron arrollados por el número de los enemigos. Codrington se apoderó de Basse-Terre; pero delante del santuario del Carmelo sintió no sé qué impresiones; parecía que el suelo quemaba debajo de sus pies. Entonces tomó la resolución de alejarse de aquellas playas, pero dando orden para que incendiasen la ciudad. Esto era de noche, y al despertar la aurora del día siguiente se pudo notar que todos los edificios habían sido reducidos á ceniza, y sólo el templo de María quedaba en pie, respetado por las llamas.

Doce años más tarde volvieron á cruzarse las espadas de Francia é Inglaterra. Otro Codrington, hijo del primero, apareció en las aguas de Guadalupe. Desembarcó en María Galante, y se disponía á atacar á Basse-Terre, cuando reveses imprevistos le obligaron á refugiarse de nuevo en sus naves, pero cuidando, como su padre de incendiar primero la ciudad. Sólo el templo de María quedó ileso como para infundir valor á los vecinos atribulados y prometerles tiempos más favorables.

Por tercera vez en 1759 Basse-Terre cayó en poder de los ingleses. En 22 de Enero el comodoro Moore atacó la ciudad con fuerzas considerables; y con las descargas repetidas de su artillería derribó los fuertes. Los franceses, después de agotado el último cartucho, se retiraron salvando su bandera. El comodoro hizo bombardear entonces la ciudad desmantelada é indefensa.

Un inmenso incendio alumbró con sus llamas los montes vecinos. Esta vez se creyó que el templo del Carmelo había sido destruido, pues el fuego le rodeaba por todas partes; mas no sucedió así, la Virgen del Carmen se había librado de las profanaciones.

## V

## LA ESTRELLA DEL MAR

Á mediados del siglo XVIII Basse-Terre se conmovió profundamente por un suceso marítimo extraordinario. Acababa de entrar en la bahía un navío en estado lastimoso, favorecido por una vela improvisada y un timón de madera. Nadie le podía reconocer. Pocos días antes había salido del puerto entre las aclamaciones y tierra despedida que los de tierra dirigían al capitán y á los pasajeros. Á todos halagaba la esperanza de volver á saludar á los amigos que se alejaban de las playas de la patria con tiempo bonancible y mar tranquilo.

Tan luego como se hubo asegurado el navío saltaron á tierra el capitán, tripulantes y pasajeros. Se alinearon en la calle; y descalzos, llevando cirios en las manos, se dirigieron al templo del Carmelo. Mientras desfilaban silenciosos y recogidos, he aquí el relato que corría de boca en boca.

Pocos días después de la salida las velas no prestaban ayuda alguna, el navío no avanzaba una línea, no soplabla la más ligera brisa, reinaba la calma más completa. Para los poco experimentados en la mar, nada les parecía más seguro, el cielo purísimo y sin nubes no hacía sospechar que estuviera cerca la tempestad.

Sin embargo un silencio de mal augurio reinaba á bordo. El capitán de pie junto al timón no cesaba de observar el horizonte. Los marineros no temían, porque



confiaban en su capitán, que con su habilidad triunfaba de los más serios peligros, supliendo así la falta de instrumentos que se han descubierto en los años posteriores. Después de haber observado con el anteojo el horizonte, llamó el capitán á dos viejos expertos en la mar, y después de haber cambiado cortas palabras con ellos, ordenó que se hiciera rápidamente la maniobra de recoger todas las velas, excepto la del palo mesana. En seguida mandó cerrar las escotillas del buque y asegurar los objetos movibles. ¡Era tiempo! Más rápido, que la maniobra de los marinos, el punto negro que había llamado la atención poco antes, avanzaba, crecía y despedía rayos con celeridad prodigiosa. Una ola inmensa arrastró el navío con rapidez vertiginosa, sin que fuese posible detener su marcha ni siquiera dirigirla. En medio del ruido ensordecedor de la tempestad sobrevino un fracaso espantoso, oyéndose la voz del capitán que ordenaba con imperio: «las hachas, y cortad ligero». Acababan de derrumbarse los palos mayor y mesana y atados con cadenas ó vergas amenazaban romper los costados del buque. La lucha fué horrible. En cierto momento la calma más completa siguió á la tormenta. El cielo estaba puro y centelleaban las estrellas: mas por todos lados se divisaba el horizonte negro. El navío había salido, en efecto, del movimiento giratorio que lo había arrastrado, pero había sido impulsado al centro del ciclón; por consiguiente el peligro empezaba de nuevo. ¿Qué hacer en tal peligro? Sin mástiles, sin timón, y el ciclón avanzando siempre ¿qué muerte les esperaba?

Agrupados todos alrededor del capitán, éste les dice con aquella frase breve y concisa que forma la elocuencia de los grandes marinos: *Todo socorro humano nos falta, pero nos queda Dios*, y acordándose de Nuestra Señora de Basse-Terre, cuyos portentos habían oído referir, y

de quien se habían despedido antes de la marcha, caen de rodillas, y piden á Nuestra Señora del Carmen los salve milagrosamente del peligro, prometiéndole ir en romería y descalzos á su santuario llevándole el cirio de la acción de gracias. Estaban todavía en la actitud humilde del que ora, cuando los alcanzó el ciclón. Cada uno corrió á su puesto como si todavía algo se pudiera conseguir. La corriente vertiginosa había vuelto á comenzar y sólo Dios sabe el tiempo que duró.

Cuando acabó era ya de día. El mar quedó todavía algunas horas agitado; pero un rayo de sol vino á regocijar los corazones. Las islas de Nieves y San Bartolomé aparecieron en lontananza en el horizonte, lo que les indicaba que Guadalupe no estaba distante. Cogen un palo para timón, girones de tela se suspenden á guisa de velas, la *Estrella de los Mares* acabará su obra.

He aquí, pues, el misterio porque aquellos hombres salían en peregrinación al Carmelo. Mientras se celebraba la santa misa, más de una lágrima surcaba aquellas mejillas tostadas por los rayos del sol y las rudas labores del mar. Y cuando de sus pechos viriles salieron las graves melodías del *Ave maris Stella*, debieron comprender que la vida es un océano peligroso y la Virgen nuestra Madre la estrella que nos guía y conserva al través de las olas enfurecidas.

## VI

## SACRILEGIO Y CASTIGO

Para castigar al hombre, dice la Escritura, á menudo Dios le entrega á su propio sentido. Y el comentario bien elocuente de la tal sentencia está escrito con caracteres de sangre en la historia de todos los pueblos.

Bien lo sabe Francia. Un día experimentó dolorosa-